

Haza la Peña, Casa del Arco, Sierra Nevada.... bendito tesoro, quien lo encontrara.

Cuenta una leyenda, que había unas tierras ricas para la labranza, bañadas por el agua cristalina que bajaba de las laderas de Sierra Nevada, donde se establecieron un grupo de agricultores Ziríes haya por el siglo XI buscando prosperidad y vivir en tranquilidad.

En ese maravilloso lugar, encontraron la paz y todo lo necesario para ir construyendo una pequeña Mezquita, una Aljibe, dos hornos, así como molinos y sistemas de riego que le dieron prosperidad a toda la zona.

El tiempo fue pasando y esas tierras situadas en la parte meridional de la comarca de la Vega de Granada, vio nacer generación tras generación, y vio como la prosperidad iba creciendo gracias al fruto de la tierra y al trabajo de esos moriscos.

Ese maravilloso lugar vivió en armonía, hasta que la reconquista castellana afecto a la comarca haya por el siglo XVI, he hizo que la población de la zona tuviera que huir a las Alpujarras tras perder las contiendas con los castellanos.

Lo que no se cuenta, es que un grupo de moriscos al abandonar Granada se dirigieron a este lugar que hoy conocemos como Gójar y antes de huir definitivamente, se escondieron en este pueblo, ya que sabían por sus habitantes de la existencia de unas cuevas que conectaban la Haza de la Peña, la Casa del Arco, nada más y nada menos que con Sierra Nevada.

Debido al gran tamaño de los tesoros que portaban y que no podían trasladar con la premura que deseaban, decidieron llevarlos a esas cuevas y esconderlos, para que los castellanos no pudieran tener acceso a ellos y desde esas mismas cuevas huir hacia las montañas.

Estuvieron días y días trasladando joyas y objetos de oro con el que se podría comprar un imperio y con mimo y cariño escondieron todo ese tesoro, ya que era parte de su historia, de su vida en esta tierra.

Lo transportaron todo a través de los pasadizos de las cuevas de ese pueblo, que durante generaciones los vio crecer. Con gran pesar y con la pena de abandonar las tierras que los vio nacer, se internaron dentro de estas para desaparecer, sin no antes cerrar todas las entradas a la misma.

Como no podía ser de otro modo el tiempo paso y los castellanos se asentaron en estas tierras que tan ricas eran y fueron transformando el lugar, así como reconvirtiendo la mezquita en la actual iglesia y aprovechando todo lo que habían heredado de los anteriores moradores de esas tierras y creando nuevas infraestructuras.

Como suele ocurrir en estos casos, no solo heredaron las tierras sino también historias y cantares que viajaban entre pueblos de la zona, que contaban de la existencia de un tesoro escondido en una cueva infinita, que conectaba el pueblo con Sierra Nevada, con la dificultad de los innumerables pasadizos.

La gente se fue haciendo eco de esta historia, e intentaba encontrar la entrada a la cueva que tantos tesoros se comentaba que guardaría. Por ello los más aventureros comenzaron a buscar y buscar la forma de encontrar el tesoro, pero claro, no era tarea fácil ya que no solo había que encontrar la entrada de la gruta, sino saber cuál era el sitio exacto de donde se encontraba.

Un día muy caluroso un niño del pueblo estaba en el campo cuidando los cerdos, cuando uno de ellos se metió en un pequeño hueco rocoso y desapareció.

El niño sin pensárselo corrió tras él, pues solo pensaba en la reprimenda que se llevaría al llegar a casa y que su padre se diera cuenta que le faltaba uno de los cerdos que había llevado al campo a comer bellotas.

Lo que en niño no se esperaba es que el cerdo no estaba en ningún hueco entre las rocas, sino que había descubierto la entrada a un pasadizo que conducía a una cueva. El niño corrió y corrió tras el cerdo llamándolo y llamándolo, pero este no se detenía.

Al ponerse el sol, el padre del pequeño se dio cuenta que su hijo no había vuelto con los cerdos por lo que decidió ir al campo a ver qué ocurría con este. Al llegar se dio cuenta que el niño no estaba y que faltaba un cerdo. Lo llamo y lo llamo, mas nadie le respondió. Desesperado busco ayuda y organizaron una batida para localizarlo, pero no hubo forma de dar con él.

Pasados unos días, se dieron cuenta, que había maleza aplastada cerca de unas rocas y que había una corriente de aire. Tras inspeccionar bien la zona descubrieron la entrada a una cueva a la que intentaron acceder, pero tenía muchos recovecos y no había forma de avanzar.



La gente del lugar rápidamente relacionó la cueva con la leyenda del tesoro y algunos atrevidos se adentraron en ella, pero no fueron capaces de salir, ni de encontrar el tesoro.

Dicen que en las noches de viento, los que se refugian en los salientes de la roca que dan acceso a las cuevas, pueden escuchar al niño llamando al cerdo y a este corriendo por las galerías.

Naginata.

